

Del Barroco al Neo-barroco iberoamericano: complejidad creciente

From the Baroque to the iberoamerican Neo-baroque:
growing complexity

Gabriel Adolfo Restrepo

GAR, Colombia

ORCID 0009-0001-7309-5077

Dem Gegner müssen wir in uns selbst suchen.
Debemos buscar al enemigo dentro de nosotros mismos.

Kant. *Crítica de la Razón Pura*.

Resumen

El trabajo se divide en seis tramos y en cincuenta entradas, en modo de preguntas y conjeturas. El primer tramo (1 a 8) expone el imperativo de librar de pasiones tristes el examen histórico. El segundo (9 a 24) examina nombres de la región mediante una paradoja: todo nombre propio suele ser impropio; y añade un cuidado: definir una identidad por oposición radical a otros, es un artificio nefasto como ocurrió en la génesis y tendencia del nombre de América Latina. En el tercer y cuarto tramos se condensa el barroco en el vaivén de dos arquetipos, uno inicial: el Inca Garcilaso de la Vega (25 a 34), y el otro terminal, José Celestino Mutis (35-40). En el quinto tramo se expone el neobarroco de América Latina de la mano de un pensador colombiano universal, Fernando Zalamea (41- 46). En el sexto (47-50), el autor sintetiza su trayecto encaminado a aparejar la riqueza del neobarroco con la transformación de la sociedad, mediante el proyecto de una Nueva Ruta Libertadora por la paz, la educación, la ciencia y la cultura para renovar la utopía de constituir la educación como cuarto poder público, utopía ya latente en Tomás Moro, *La Nueva Atlántida* y explícita en un discurso de Bolívar.

Palabras clave: Neo-barroco, Inca Garcilaso, Celestino Mutis, Fernando Zalamea, Nueva Ruta Libertadora

Abstract

The work is divided into six sections and fifty entries, in the form of questions and conjectures. The first section (1 to 8) exposes the imperative of freeing historical examination from sad passions. The second (9 to 24) examines names of the region by means of a paradox: every proper name is usually improper; and adds a caution: defining an identity by radical opposition to others is a nefarious artifice as occurred in the genesis and tendency of the name Latin America. In the third and fourth sections the baroque is condensed in the swinging of two archetypes, an initial one: the Inca Garcilaso de la Vega (25 to 34), and the other terminal, José Celestino Mutis (35-40). In the fifth section the neo-baroque of Latin America is exposed by the hand of a universal Colombian thinker, Fernando Zalamea (41-46). In the sixth (47-50), the author synthesizes his journey aimed at pairing the richness of the neo-baroque with the transformation of society, through the project of a New Liberating Route for peace, education, science and culture to renew the utopia of establishing education as the fourth public power, a utopia already latent in Thomas More, The New Atlantis and explicit in a speech by Bolívar.

Keywords Neo-baroque, Inca Garcilaso, Celestino Mutis, Fernando Zalamea, Nueva Ruta Libertadora, New Liberating Route.

Primer tramo:

El cuidado y la cura del demonio interior

1. ¿Cuál es este enemigo interior del cual nos alerta Kant? ¿El Lucifer inherente a cada cual, encarnación de soberbia y envidia, pecado capital de las pasiones, tan exaltado en la Contrarreforma? ¿El *daimon*, ambiguo consejero de Sócrates, resucitado en el neoplatonismo, revivido en el barroco? ¿El genio maligno de Descartes, en el germen de la era moderna? ¿El indispensable Mefistófeles negador, cuando nos elevamos a la soberanía del Fausto? ¿Los velos de maya del budismo, exaltados por quien bebió del barroco de Gracián, Arturo Schopenhauer? ¿El Ello de Freud que humilla el narcisismo del Ego, nuestro inconsciente personal y colectivo, en una de las primeras apariciones de un «yo» cuántico, de tan patente estirpe neo-barroca por disolver en fantasma el «yo» sólido de la modernidad, más allá de la tradición del neoplatónico doble divino, del sosías y de la versión romántica del *doppelgänger*? ¿El mal patrón egoísta de cada individuo —demasiado de *libido possidendi* y *dominandi*—, a quien el matemático y místico Alexander Grothendieck mentaba como carcelero del espíritu, antes de salvarse él de su demasiada al enclaustrarse como místico en los Pirineos, no distante de donde Walter Benjamin buscó pasaje a la salvación del nazismo, vecino al mítico Montségur o Monsalvat, sede imaginaria del Grial? (Restrepo, 2010)?

2. Sea cuales fueren formas y atributos del *Gegner*, el epígrafe de Kant nos advertía en el portal de la *Crítica de la razón pura* que el infierno no son los otros, a diferencia de lo que afirma un personaje en una obra de Sartre. Ni siquiera somos

ajenos a él, si atendemos a la profilaxis de Ítalo Calvino, el autor de seis propuestas para este nuevo milenio tan barrocas y neo-barrocas, pese a su novedad: visibilidad, levedad, velocidad, multiplicidad, exactitud y consistencia (Calvino, 1989). El autor, cubano de nacimiento e italiano por residencia, aconseja al fin de *Ciudades Invisibles*: «el infierno de los vivos no es algo porvenir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es riesgosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio» (Calvino: 2005: 171). Sólo que en uno mismo también suele anidar el infierno.

3. Esta «atención y aprendizaje continuos» fue argumentada por Kant como disciplina filosófica. En el tránsito de la sensibilidad al entendimiento, y de éste a la razón, hay mucho que se pierde de modo inevitable, porque las grandes ideas, nunca menospreciadas a causa de nuestra predisposición a comprender lo que es incomprendible, aunque sean posibles, son improbables, dada nuestra finitud. La propensión metafísica, y aún teológica, ineludible y angustiosa, descubre nuestra impotencia en la aprehensión de los númenos, pese a que podamos intuir los fenómenos y rendirlos en conceptos, juicios e ideas. De las ideas —y por extensión, de las grandes ideologías— sólo se puede derivar antinomias, el exquisito juego de una dialéctica paradójica que mantiene en suspenso los contrarios, más un fecundo empleo heurístico en las estrategias de indagación que oscila entre la reducción a universales —máxima abstracción en la secuela del realismo medieval— o la inclinación contraria por lo singular —máxima tensión nominalista medieval—, antípodas tan socorridas en la ironía de Borges (Borges: 1974 847), empero suavizados en Kant con la gracia de un principio de afinidad que nos inclina a transitar en aproximaciones ascendentes y descendentes, semejante al principio de fineza de Pascal, la cual encontrará en Leibniz y en Newton la formulación del cálculo diferencial e integral y en estos tiempos con auxilio de lógicas paraconsistentes, geometrías no euclidianas, matemáticas complejas y semiología arraigada en C.S. Peirce, como procede Fernando Zalamea en clave del neobarroco.

Una vía tan ardua como la de Zalamea es imprescindible, ya que asistimos a un reencantamiento del mundo, contrario a la predicción racionalista de Max Weber, y a una reviviscencia de la pasión por ideologías y verdades absolutas, antípodas de lo que el júbilo subsiguiente al fin de la segunda guerra anunciaba como fin de ellas (Bell, 1964). Dominan ahora la exaltación no poco neurasténica de la sensibilidad, doblada por la enervación de imágenes, los narcisismos identitarios y las atmósferas de cancelación que, por paradoja, instituyen una inquisición más cruel por ubicua, cotidiana y efectiva, que aquella que tanto se denuesta; pululan los absolutismos radicales, camuflados como medias y falsas verdades. En inadvertido pestañeo, volvemos a una atmósfera anterior a la paz de Westfalia, lejos de las lecciones de

tolerancia del liberalismo clásico, reputadas hoy como defecto. Se diría que se trata de una regresión a la era barroca, empero sin el arte y la sabiduría que engrandecieron la época. El *horror vacui* que inspirara sapiencia y sabiduría, es ahora flato vacío inane porque la conciencia trágica de los universales, aún si relativos, cedió el paso a la contingencia de singularidades egolátricas. Lo sublime se expulsa por las ventanas, pero ingresa con su horror por la puerta de entrada.

El enemigo interior es la propensión al dogmatismo. Tal es el gélido y flamígero infierno. Donde no hay dudas, arden llamas que consumen en soberbia e ira a quienes las dispensan y a quienes se humillan obsecuentes. El purgatorio afinsa un pie en el averno, y otro en el paraíso, aunque en este solo caben sorpresas, preguntas y admiración, aun si por eternas puedan aburrir. El limbo es el silencio, al cual el pensador acude atormentado en el exilio del mundo. En esta porción vacilante del orbe donde sufrimos con pocos gozos por vivir en una atmósfera de genesiaco apocalipsis¹. se forjaron de hace poco más de dos siglos dos utopías, tan cercanas a las distopías, fundadas en la malquerencia radical a dos imperios, primero el español, luego el estadounidense. Es en este punto donde adquiere todo su valor el epígrafe de Kant: el enemigo palpita bajo nuestra piel como legión de propios demonios.

6. Un balance de poco más de dos siglos revela un contraste atroz entre la viveza de artes y letras y la impotencia económica y política para remediar nuestros males. Pareciéramos reencarnar de tramo en tramo la figura del duende, tan opuesto a la derecha del ángel y a la ciclotimia de la musa, porque nuestras máximas verdades se producen en trances de agonía, según la figuración neo-barroca de García Lorca (García Lorca, 2013). Nuestro destino no es manifiesto, es fantasmal. La incapacidad para llegar a ser lo que quisiéramos ser, no obedece, en definitiva, a enemigos externos, sino a nuestra proclividad a engañarnos, no pudiendo hacer lo que está a nuestra mano hacer, justo por propensión dogmática. Que los imperios tiendan a la dominación por distintos medios, es una tautología. En cambio, que los pueblos no ejerzan su libertad para elegir su propio camino, impedidos por fracturas internas, cuando podrían, demanda explicaciones que no suelen abundar cuando la visión se ciega por envidia e ira.

7. De ahí que, de interrogación en interrogación, y de conjetura en conjetura, habrá de esquivarse el Escila de la leyenda negra y el Caribdis de la leyenda rosa en lo tocante al período colonial, y también la tendencia a culpar a otros por nuestras propias faltas en la etapa republicana. Que el mundo sea una mascarada de engaños, es bien sabido si se lee el *Criticón* de Baltasar Gracián, junto a Cervantes, Quevedo, Góngora y la picaresca. Si se libra la anamnesis histórica de tantas engañifas, lucirá exultante nuestro sendero en la continuidad del barroco al neo-barroco y se apuntará por este medio a un más llana utopía, no solo posible, sino también probable y comprobable y, lo mejor, librada de distopías.

8. En esta senda sigo y varío a Fernando Zalamea cuando esmera el diamante de la interpretación: alegoría, —nótese el guiño barroco—, para aludir a cuanto ha de ser pensada una joya por largas y densas duraciones geológicas o temporales, aquí la cristalina transparencia del pensamiento, para librarse del carbón del cual emerge —los absolutos ideológicos: casos del ambiguo Bolívar; de Torres Caycedo; del *Ariel* de Rodó; de la exaltación acrítica de la juventud por los raptos poéticos del buen Rubén Darío, la grandilocuencia de José Ingenieros y la Reforma de Córdoba; de la raza cósmica de Vasconcelos; y de tantas fantasmagorías reiteradas como variaciones de nuestros *revenants*, como el absurdo de pedir disculpas retrospectivas y anacrónicas por hechos y desechos propios de otra época—. Cuya fuente me propongo descubrir en este ensayo. Pero aquí es necesario obrar como el desolado Montesinos en la Cueva que lleva su nombre al exclamar ante un impase: «¡paciencia y barajar!»: indispensable rodeo, como el del río Guadalquivir, para dar mayor sentido a las lagunas —léase: a los socavones de las meditaciones—, pues mal nos hacemos a nosotros mismos, si por artificio anacrónico despertáramos con la conciencia de hoy en otra era, siendo, como somos, descendientes de víctimas y de victimarios que obraron sometidos al rigor de muy distintos tiempos.

Segundo tramo:

Lo que velan y revelan los nombres

9. Nombrar es dar razón. De algo o de alguien. De ahí que el escritor sea en metáfora un delegado de Dios, en realidad un creador que opera cierta magia simpática para dar cuenta del mundo. Pero aquí también emerge el genio maligno, benemérito por sembrar dudas. Porque por paradoja podría sospecharse que todo nombre propio es impropio. Caso extremo es la antífrasis, recurso barroco por excelencia por designar un nombre lo opuesto de lo mentado. Así lo sazona con tanta ironía Gracián en su labor de guiar a Andrenio, un nuevo Adán que emerge del naufragio del medioevo, alegoría del renacimiento repensado desde el barroco, como barruntaba Eugenio de Ors (Ors, 1993).

10. Por cierto, como sucede en las réplicas y variaciones del barroco, Cratilo ejerce la maestranza de Andrenio. De *Crise en Crise* lo desengaña de vanidades del teatro del mundo, de un modo muy antípoda de la instrucción de Robinson Crusoe al otro naufrago, el negro Viernes: modo sapiencial contra utilitario. De la proliferación de la antífrasis, he extraído por amable burla la raíz de un *ladino speech*, acto de habla ladino, reverso de los famosos actos de habla performativos de Austin, para figurar que quien algo dice, hará de modo exacto el negativo de cuanto predica. La ironía sirve para vapulear la manía retórica tan abundosa en la política de Iberoamérica, en especial cuando desciende a estas hermosas selvas meridionales, por ejemplo, las calamitosas antífrasis de la retórica de Simón Bolívar.

11. Y me anticipo a precaver que no se tome la acepción de ladino como estigma. Antes bien, como se verá, encierra un inmenso elogio a la matriz de nuestra lengua, sólo que en la prodigiosa algarabía de la convivencia de tres culturas en la plaza andaluza, como luego en estos lares, la virtud de la multitudinaria parla corre pareja a las fantásticas artes de mímeis y simulación.

12. Hay nombres ajustados a los entes como un danzarín del tango al tallar el brazo con delicadeza en la cintura de una fina dama; y por oposición, otros donde la danzarina es tan gruesa, que no hay manos prestas a acompañarla. Del poder, por ejemplo, puede decirse que su definición es casi tautológica: el poder es el poder; algo que se sobreentiende, si se define como la capacidad de alguien de obtener algo por distintos medios, incluso por uso o abuso de otros. Del Estado o de la democracia, en cambio, brotan, como de las grandes ideas, la de Dios por ejemplo, tantos atributos, con frecuencia tan contrarios, que pronto suscitan discordias, hasta el punto de acudir al recurso extremo, pero lógico, aunque al cabo imposible, de definir al ente por un sinnúmero infinito de aquello que no es, como en el caso de la teología negativa. Toda definición es predicada por lo que incluye, como también por lo excluido.

13. Definir una región del mundo por sus coordenadas sería tan vacío como deducir el carácter de un individuo por peso y talla. Y aún si se añade un nombre, por ejemplo, al preguntar en un bazar dominical por un tal Pedro, acudirían decenas al llamado. Así, tampoco se añade especificidad si se toman coordenadas la latitud septentrional por el límite superior del Caribe en las Antillas mayores: 21°59'00"N 79°02'00"O —prescindiendo de que las islas son miríada—, y fijando el límite más meridional en la Antártida, oscilando sus longitudes entre unos 78° grados al oeste y 61° por las Malvinas al oeste del meridiano. Tampoco se ganaría mucho si se acudiera al juego astrológico de componer una carta astral de la región, a no ser que se cruzara con la línea del tiempo para inducir algunos rasgos: ya que tendría que precisarse la edad exacta de la separación del continente de Pangea, pues de esa datación geológica inmensurable se derivarán tremendas consecuencias, tantas como las deducibles de la fusión por Panamá de las dos partes continentales hace cerca de sesenta y seis millones de años. La fantasía no será empero desdeñable, pues todo lo que se juega luego de la incomparable hazaña marítima de Portugal y de España al final del siglo XV, y luego de la expedición de Balboa por Panamá, más el periplo orbital de Magallanes y Elcano, es la inacabada tarea de entrelazar por la cultura mundos separados. Partiendo de un hecho decisivo: que la especie humana es advenediza en este albergue, a partir de su aurora en algún paraje de África. En el fondo, todos deambulamos sobre pies negros con distintas máscaras.

14. Así que habrá que buscar un signo del destino entre los fabulosos equívocos de Colón, el Tratado de Tordesillas (1494) que repartió entre Brasil y España los linderos coloniales de los dos imperios, y un poco más allá de las precisiones del mapa de Martín Waldseemüller (1507). No habrá que ir muy lejos, pues tal hito fue

publicación de la *Utopía* de Tomás Moro en 1516. Aristotélica en su primera parte por su tendencia nominalista al describir tendencias que se reflejarán luego en el célebre capítulo XXIV de *El Capital* de Marx en torno a la «acumulación originaria del capital», es neoplatónica en su segunda parte en la invención del todo imaginaria de una sociedad. *Vetera et nova*, la imaginación servirá como placebo de todo el devenir del continente y en especial de su tronco meridional. Placebo se deriva de la conjugación del tiempo futuro del verbo *placere* y, por tanto, condensa la idea fuerza del más obstinado deseo, no distante de la trampa mesiánica.

15. Como se arguye de la invención precedente de la república platónica, la utopía encierra su propia distopía. Pues de ella bien puede decirse lo que predicó Cervantes de la Clara Perlerina en *El Quijote*: «mirada por el lado derecho, parece una flor de campo; por el izquierdo no tanto porque le falta aquel ojo que le saltó de viruelas». Pues si bien se ensalza una comunidad basada en la propiedad común y en la educación recíproca, ella subsiste gracias a una estricta moralidad, por la cual cada ojo vigila el morro de otros. Y además, como precisa de esclavos, los halla por medio de la guerra en otras islas. De ahí que, ante esta y todas las utopías, será preciso forzar el juicio, como ensayaba don Quijote, cuando se dirigía al Mono del Maese Pedro para que «le dijese si ciertas cosas que había pasado en la cueva de Montesinos habían sido soñadas o verdaderas, porque a él le parecía que tenían de todo»; ante lo cual pasará lo que ocurre hoy, cuando el mono le respondió, según Maese Pedro, «que parte de las cosas que su merced vio o pasó en la dicha cueva son falsas y parte verosímiles». La polaridad pendular se instala desde el principio como fuerza motriz del continente y del mundo en una dialéctica irresoluble que demanda, como razona Fernando Zalamea, una lógica paraconsistente, como la creada por el brasileño Newton da Costa y por otros pensadores en lo que se puede calificar como prodigio neobarroco prefigurado en aquel pasaje cervantino.

16. Los nombres de la región forman un palimpsesto. Cada uno añade atributos verosímiles y mendaces. América por el patronímico de Vespucci: el continente por el publicista, no por el explorador, mágica sustitución. Al correr el tiempo, suscitará una gruesa metáfora de achicamiento: la parte por el todo, como la más escandalosa de Luis XIV, «el Estado soy yo», y luego cuando el emergente imperio de Estados Unidos, una parte apenas de América del Norte, se cobija como encarnación del continente entero. Los nombres son en ocasiones fetichistas: el nombre de una porción del continente para arroparse del contenido con abuso. El poder se ejerce también en el lenguaje. Colón hubiera merecido el nombre del continente, pero el repudio castigó su ambigüedad: ser una mixtura de lo antiguo y de lo moderno, un alquimista que se movía entre el oro físico y el espiritual, entre imaginarios orientales y occidentales. En el tercer centenario del encuentro de dos mundos se procuró resarcimiento: el Kings College fue rebautizado como Universidad de Columbia, sin saber si, más pronto que tarde, se depondrá su nombre por las manías postcoloniales. Francisco de Miranda se inspiró en un poema a Colón de la esclava Phillis Wheatley

para nombrar su utopía: la imaginaria *Columbeia*, un polo antípoda meridional a lo que entonces se llamaba unas veces como Indias Occidentales, Iberoamérica o Hispanoamérica. Por incuria, el proyecto cayó a pedazos. Mientras el de los Estados Unidos se ensanchaba a izquierda y al sur, el de Miranda, de la mano de quien lo había traicionado, Bolívar, se redujo a la Gran Colombia, y esta, por añadida culpa, se contrajo a la porción de Colombia; nombre vacilante, porque por tiempos se figuró como el Nuevo Reyno de Granada, o Nueva Granada a secas, o Confederación Neogranadina, por la nostalgia de su fundador, Jiménez de Quesada, por su estancia juvenil en la hermosa villa.

17. El nombre de las Indias Occidentales merece mayor detenimiento por los fabulosos equívocos de Colón. De allí se derivó una fantástica figura, muy barroca, para describir la maravillosa mixtura étnica de estos pueblos-mundos cobijados por las neo platónicas y neo tomistas Leyes de Indias: la pirámide de Castas. Dios es acompañado de Eva María como *Deus ex machina* arriba de la pirámide; lo blanco en la cúspide; lo mulato y lo mestizo a izquierda y derecha en el medio; lo indio y lo negro en la base. Por supuesto, se incluye en el tablero el imprescindible motor de lo femenino, por lo cual es indispensable la designación con el artículo neutro, dado el papel generador de lo femenino: venia al lenguaje inclusivo, sin violar la gramática de Nebrija. De estos agentes se desprenden tantas coloraturas y matices del inconmensurable palimpsesto colonial del mestizaje, como las figuras de zambo y zamba por lo bajo, e innumerables mezclas con nombres que agotan el fabulario: tente en el aire, salto atrás, quinterones y cuarterones, coyotes, hasta desembocar, al fin del siglo XVIII, en la maravillosa nomenclatura del «no te conozco», con la cual se refrenda la vocación de inclusión étnica de la multitud. Todo el variopinto entretejido depende de un imaginario, dado que por fortuna la pirámide no es pirámide (todos nacemos y morimos a ras de piso); las indias no son indias (esto es: hindúes); y lo que es exquisito: por la grandiosa definición teológica de la primera mitad del siglo XVI, las castas no son castas. Simple definición que designa, empero, una monumental diferencia en el destino de estos pueblos mundos: sus estilos de vida (tan definitivos en la sociología de Max Weber), son proclives, pese a diferencias estamentales de ornamentación simbólica, al comensalismo (*cum mensa*), al compañerismo (*cum panis*), a la cohabitación y a la copulación (Weber, 1958). Algún escritor diría con burla que las únicas revoluciones exitosas en medio milenio se debieron a mutaciones telúricas y a la prolífica procreación de las mujeres.

18. De la enorme mascarada de nombres, un cambio merece destacarse por su trascendencia: el de América Latina. La animosidad de las nuevas repúblicas contra España sepultó por mucho tiempo las antiguas apelaciones de Hispanoamérica e Iberoamérica, pese a empeños de algunas minorías de la sociedad patricia. Se eclipsó junto a otras designaciones neutras, como la América del Sur, Suramérica o la América Meridional. El bautismo merece dilucidarse, porque corresponde a uno de los imaginarios más persistentes de la historia cultural de la región, junto al Catecismo

de Astete de 1599 y a la Urbanidad de Manuel Antonio Carreño, obra publicada en 1852 en Caracas, entonces una villa de apenas 50.000 habitantes. Ambos hitos superan en eficacia a cualquier clásico de las letras del subcontinente por calar en la caja negra de los habitantes, y por configurar lo que he denominado contrahechura de un maximalismo de creencias, paralelas a un minimalismo de una ética convertida en etiqueta y de una moral desaguada en moralina. Surtidores, pues, de iras, soberbias y demasías. De semejante tenor fue la investidura del nombre de América Latina.

19. La datación y fuente del bautismo son precisas: el nombre de América Latina aparece en un verso del colombiano José María de los Dolores Torres Caicedo (Bogotá, 1830-París, 1889). Diplomático, hijo de españoles expropiados en las guerras de independencia, fue protegido tras quedar huérfano en su infancia por monseñor Manuel José Mosquera, hermano del militar radical Tomás Cipriano de Mosquera, en cuyo régimen se raparon buena parte de los bienes de la Iglesia. Típicas confusiones de las revueltas y contrarrevoluciones decimonónicas de Colombia, nadie imaginaría que uno de los primeros adalides del conservatismo más radical fuera el autor de un poema que, por el nombre de América Latina, ha sido, desde su publicación, un canto de batalla de las revoluciones meridionales, más mentado incluso que la *Internacional*. De fantasmas estamos inundados.

20. El poema *Las Dos Américas* apareció en la revista *El Correo de Ultramar*, el 15 de febrero de 1857 en París, escrito en Venecia el 27 de septiembre de 1856 (Torres, 1857). Dirigía la revista Torres Caicedo, de suma importancia para la correspondencia con España y para la difusión de la literatura de Hispanoamérica, refrendada además por el liderazgo del diplomático para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas de Colombia con España y para la fundación de sedes de ultramar de la Academia de la Lengua, entre ellas la pionera de Colombia, así como por una exitosa campaña por la protección de los derechos de autor con amparo de Víctor Hugo. Tantas virtudes no opacan, empero, el juicio de que el nombre de América Latina se haya oficiado en uno de los más simples poemas de la historia mundial de la poesía. El extenso poema lleva un epígrafe de Manuel José Quintana que tiñe de color pasional al poema de Torres Caicedo: «Yo lo juro también, y en este instante/ Yo me siento mayor, dadme una lanza,/ Ceñidme el casco fiero y refulgente,/ Volemos al combate, a la venganza,/ Y el que niegue su pecho a la esperanza/ Hunda en el polvo la cobarde frente.» (Quintana, 1992).

21. Quintana fue un ilustrado español, quien fuera injusta víctima del tremendo lapsus de España por la comedia bufa orquestada por Napoleón y Pepe Botellas con la complicidad del intonso Godoy, mal llamado «Príncipe de la Paz», y los papeles secundarios y tragicómicos de Carlos IV y Fernando VII. De talante neoclásico, con algunas avanzadas al romanticismo que hallarán resonancias en la *Oda a la Estatua*, uno de los últimos poemas del modernista José Asunción Silva, el pasable poema épico y trágico bien hubiera merecido figurar en el libro clásico de Blumenberg, *Naufragio con espectador*. Pero no hay que olvidar que, de las revueltas contra

Pepe Botellas, extraerán las guerrillas conservadoras y revolucionarias colombianas, sí, unas y otras, los manuales de combate, según ha estudiado el historiador antioqueño Luis Javier (Ortiz, 2010). Nos hallamos, así, ante un auténtico embrollo, que merecería muchas dilucidaciones, pero que da cuenta de que, pese a tantas declaraciones de independencia respecto a España, su estela, luego de tres siglos coloniales, continúa presidiendo a diestra y siniestra el derrotero de esta porción del globo, en ocasiones con un fantasmal paralelismo.

22. El poema épico de Torres Caicedo, aliñado con un ya desusado tono neoclásico, sumado a la demasía romántica, consta de diez extensos cantos, 36 estrofas, cada una de ocho versos endecasílabos, sin rima, lo que da un total de 285 líneas. Pinta en paralelo las revoluciones de independencia del norte y del sur de América, pero pronto exalta la codicia y rapacidad del imperio septentrional y derrocha calificativos para esmerar la condición de víctima inocente del sur. Tras lo cual, emula y excede el aliento a la contienda armada del poema de Quintana, como si trasladara al continente americano la querella del pueblo español contra el invasor francés. Magia cronológica y batiburrillo conceptual, no advierte que escribe desde Francia, el antiguo enemigo del levantamiento de Aranjuez, encaminada ya la nación gala a entronar a un mustio descendiente de Napoleón, el III, ansioso de emular al primero, ahora contra el dominio de los Estados Unidos, como cuando ensayará el absurdo lance de imponer a un favorito en Méjico, el desastrado Maximiliano; tras lo cual querellará contra Prusia con el fatal resultado que detonará el ascenso imperial de Alemania con Bismark, de lo cual derivarán las dos guerras mundiales del siglo XX. El poema, pues, procedía como aquel que intenta apagar un fuego con gasolina.

23. En resumen, el desmesurado poema pareciera narrado como un cuento de hadas para niños, con una bruja mala y una víctima inocente y hechizada. Con frecuencia se refiere a la América del Sur, pero en el decisivo antepenúltimo canto, el IX, aparece la sacrosanta marca registrada de América Latina: «¡Mas aislados se encuentran, desunidos/ Esos pueblos nacidos para aliarse,/ La unión es su deber, /Su ley amarse;/ Igual origen tienen y misión,/ La raza de América latina/ Al frente tiene la sajona raza, /Enemiga mortal que ya amenaza/ Su libertad destruir y su pendón». El resto del canto noveno pinta una arcadia utópica de pueblos del sur, unidos por raza, tradición, lengua y religión, que la posterioridad burlará. Tras ello sigue en el canto décimo un clamoreo, tan redundante como inane, por la poción mágica del recurso a las armas que luce como un remedo anacrónico del poema de Quintana a la revuelta de Aranjuez: «¡A la lid!/ Mientras alienten nuestros pechos,/ Mientras circule sangre en nuestras venas,/ Repitamos, si es fuerza, las escenas/ De Ayacucho, de Bárbula y Junín./ El pueblo que pretende encadenarnos,/ Nos encuentre cerrados en batalla,/ Descargándole pólvora y metralla,/ ¡Al claro son del bélico clarín!». El lector acerado sonreirá al sospechar a Torres Caicedo, como un Quijote doblemente anacrónico, al pulsar sus versos desde un diván de estilo Recamier. *Ladino speech*: profusos gestos sin respaldo fáctico.

24. Pese a algunos encantos, entre tantos desencantos, el espíritu del poema y la aureola del nombre, se hallarán en el bello libro de Rodó, el *Ariel*, empero tan equívoco por remitirnos a Grecia, como ese doble remedo de llamar a Bogotá «la Atenas suramericana», ya usado hacia 1820 en Argentina; por silogismos espurios se tachará de Calibán al imperio del norte; huellas se hallarán en José Martí, junto al nuevo apelativo romántico y, por ello, un tanto engañoso de *Nuestra América*; otras se constatarán en el modernismo del enjundioso Rubén Darío, pero ante todo en su elogio desmesurado de la juventud, mismo que se hallará reduplicado en José Ingenieros y, por él, en el manifiesto de la Reforma de Córdoba de 1918; en los movimientos políticos en principio reformadores, muy pronto avejentados del Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT; de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA; en el liberalismo colombiano desteñido de los treinta; en la ficción de Vasconcelos sobre la *Raza Cósmica*; en los intentos de Haya de la Torre de circunscribir la América Latina a la andina, con el nombre de Indoamérica; en la suerte a la postre fallida de las revoluciones sandinistas, bolivarianas de Venezuela, la ambivalente de Cuba y en todas las sagas pretendidamente revolucionarias que hacen suyo el lema tácito de Torres Caicedo y de Martí, «patria o muerte»; e incluso en la tan romántica, como meliflua intención de cambiar el contorno de América por la Abya Yala, engañosa ilusión, porque si es cierto que los indígenas cunas eran excelentes navegantes de cabotaje, estaban lejos de poder dar una idea global de América como fuera iniciada por el lusitano Magallanes y el español Elcano. El mayor extravío es definir la propia identidad a partir de una pugnacidad fiera. En tal desplazamiento se valida de nuevo la preciosa sentencia del epígrafe de Kant: «debemos buscar al enemigo dentro de nosotros mismos».

Tercer tramo:

El Barroco como vaivén iberoamericano

Dar es un servicio, recibir es servidumbre.

25. La sentencia del epígrafe es proverbial de la nobleza medieval ibérica: condensa un notable rasgo espiritual de la península suroccidental de Europa. Pues sí que fue bien cierta, cuando el prodigio cultural de la España de las tres culturas transfirió el tesoro de un saber múltiple por medio de la escuela de traductores de Toledo a la ya reluciente alborada del pensamiento tardomedieval europeo. Fue entonces más lo que dio, que lo recibido, debido a inhibiciones dogmáticas autoimpuestas. Lo mismo ocurrirá por fatalidad histórica cuando el oro material y simbólico del barroco se irrigó a todas las latitudes europeas, mermado por la entropía económica. Fue una manifestación temprana de la llamada «enfermedad holandesa», entonces literal por desparramarse el oro de América a Flandes por falta de beneficio industrial

endógeno, agravado por fallas políticas y sociales que desembocaron en derrotas de siglo en siglo: Armada Invencible, batalla de Rocroi, Trafalgar, Napoleón, la mal llamada guerra hispano-cubana de 1898. Y no obstante, el oro espiritual del barroco español y americano se transferirá a la ilustración europea, de donde dormirá, como Montesinos en su cueva, hasta despertar en el siglo XX como pujante neobarroco.

26. El antropólogo de la cultura escocés Víctor Turner (1920-1983) estudió los ritos de paso de individuos y pueblos como un trance liminar: situaciones y personajes maduran como orugas en intersticios, pasajes de tránsito y de trance, ambiguos, que oscilan en un vaivén remarcado por dos condiciones que refuerzan la mediación: "*in betwixt and in between*": en el medio y por el medio. Son como el *daimon* en la mitología de Diotima, expuesta en *El Banquete* de Platón: mediadores entre lo alto y lo bajo, entre oriente y occidente. El *daimon* encarna el arquetipo del amor como hijo bastardo de Poros, lo absoluto, y de Penía, alegoría de la nada indigente.

27. En este tránsito se abren los dos caminos de la alquimia que el simbolista Mallarmé distinguió como directriz de la evolución de la cultura moderna en un pasaje de *Variations sur un sujet*: «Alguna deferencia, mejor, para con el laboratorio extinto de la gran obra, consistiría en reemprender, sin horno, los experimentos, pociones, enfriados, de otro modo que en las pedrerías, para continuar por la simple inteligencia. Como no hay abiertas a la investigación mental más que dos vías, para todo, en las que nuestra necesidad se bifurca, a saber la estética por un lado y luego la economía política es, de este último designio, principalmente, que la alquimia fue la gloriosa, temprana y turbia precursora. Todo lo que en la misma, de puro, como falto de un sentido, antes de la aparición, actualmente, de la multitud, debe ser restituido al dominio social. La nula piedra, que sueña el oro, llamada filosofal: ¡pero si ella anuncia, en las finanzas, el futuro crédito, precediendo al capital o reduciéndolo a la humildad de la moneda!». Del barroco al neobarroco una lección es inconfundible: su genio es el supremo beneficio de la alquimia estética, tanto más si se esfuerza en el alambique espiritual, a contrapelo de la ruina de la economía política: oro contra orín.

28. Las grandes figuras prototípicas del majestuoso albor de España encarnaron la ambivalencia entre el oro material y el espiritual. Así, el mismo Colón, tan vacilante entre la fe espiritual y el relumbre del oro, como el luciferino fundador de la Nueva Granada, Gonzalo de Quesada, obnubilado por el Dorado, que lo enfermó, pero también obsesionado en su manierismo por el establecimiento de una colonia mixta, con su ambigüedad entre la orientación maquiavélica del Príncipe feroz, pero también inclinado a fundar comunidades heterogéneas en la estela neo platónica y neo tomista. De hecho, Gonzalo Jiménez de Quesada fue un inusitado adelantado en comprender que la dinámica de los imperios se guía también por las pasiones tristes, entre ellas la poderosa envidia. De modo que, visionario, ya adivinaba el duelo de propagandas que se encarnizaría en el siglo XVIII entre la leyenda negra y la leyenda rosa, dos medias verdades y al mismo tiempo medias mentiras por obedecer

más a la publicidad de dos imperios en disputa, uno decadente, el otro altivo. En su raro libro *El Antijovio*, que durmió el sueño de los justos por cerca de medio milenio, escribió profético: «De cómo en este tiempo presente los españoles son odiados de todas las naciones de la Tierra por aber sujetado a casi toda la rredondez d'ella, y de todas las más de las naciones que en ella ay pobladas, y de las demás causas que ay para esto. ¿Por dónde caminará ya el día de oy el español que pueda contar sencilla y verdaderamente sus hazañas? ¿Qué gente ni qué nación le querrá oyr sin mezclalle mil fábulas en los quentos berdaderos, y mill cosas que no pasaron con las que pasaron? De manera que a esta quenta no se hallará la çerta casi en ninguno de los estraños escritores» (Jiménez, 1952: 1). Así que, para librar este ensayo de naufragar a babor o a estribor, y también para condensarlo, porque tratar del barroco excede límites de un individuo, concentraré la perspectiva del vaivén del barroco entre la península ibérica e Iberoamérica en dos figuras extraordinarias: una inicial, la del arquetipo del gran ladino americano, el peruano llamado a sí mismo como el Inca Garcilaso de la Vega (1563, Cuzco, 1539-Córdoba, 1616), y otra terminal, encarnada en la monumental estampa del sabio gaditano radicado en la Nueva Granada, José Celestino Mutis (Cádiz, 1732-Santafé de Bogotá, 1808).

29. ¿De dónde son estos arquetipos? ¿Del lugar natal? ¿Del espacio de su muerte? ¿De sus transcurros vitales? ¿De su exilio en el destierro o, aún, en el encierro y entierro claustral de sus monasterios interiores, los claustros de las escrituras? En los dos arquetipos la respuesta es ambigua: vivieron y se desvivieron "*in betwixt and in between*", en el medio y por el medio, en la proeza de entrelazar los extremos de sus lugares de nacimiento y de su muerte, el uno del sur al norte, el otro del norte al sur, ambos con vocación universal.

30. He de ser somero, pues de cada uno hay cientos de libros escritos y aguardan tantos más para reconocer en ellos nuestro destino como pueblos mundos. Garcilaso fue el primer mestizo cultural del cruce de continentes. Su madre fue una mujer emparentada en primer grado con la dinastía de los regentes del imperio del Tahuantinsuyo. Su padre fue un importante capitán de las huestes de Gonzalo Pizarro, sobrino del gran poeta y militar renacentista, el toledano Garcilaso de la Vega, muerto a media vida en combate en Niza. El peruano fue hijo bastardo, pese a que fuera reconocido por su padre, quien diera dote a la madre y testara bienes al hijo. A sus veinte años partió para España, sin retorno distinto a amamantar, tras miles de peripecias, la memoria de sus raíces quechuas vertida en los dos clásicos libros de *Los Comentarios Reales*.

31. Ser hijo bastardo es signo de este medio milenio definido como moderno. Así lo registra uno de los libros del filósofo alemán Peter Sloterdijk, espléndido en su malabarismo intelectual: *Los hijos terribles de la edad moderna* (Sloterdijk, 2016). La galería es incesante, aunque para mí son ilustres los de un espíritu afín al Inca, Leonardo da Vinci, notable por oscilar entre la estética y la economía política: en su caso, la pintura y la guerra por los diseños de maquinaria bélica; en el

Inca, como en su tío poeta, por la vacilación entre armas y letras, todos como si se encerraran en el insuperable discurso del Quijote en torno al dilema de unas y otras. El fundamento mítico de la bastardía se moldeó en el discurso de Diotima en torno al amor como *daimon* e hijo bastardo de lo absoluto y de la nada. Y es que el amor es, a mi juicio, la fuerza motriz y la *anima mundi* del barroco iberoamericano y de su continuidad en el neobarroco: fuente de inconmensurable creatividad contrapuesta a la ruina exterior. En su primer libro autobiográfico, *La Lengua absoluta*, Elías Canetti, un exiliado de ascendencia ladina, tan lejano de su nostálgica Sefarad, comoquiera que si bien escribía en alemán, desde Alemania, al evocar la lengua materna de su infancia en los Balcanes, la palabra más evocada era la tan ibérica y ladina del amor.

32. De las biografías en torno al Inca Garcilaso es insuperable la del peruano, Max Hernández: *Memoria del bien perdido: conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega* (Hernández, 1991). Al emplear psicoanálisis ortodoxos y heterodoxos, combinados con una aguda visión de la antropología cultural, el autor se pregunta cómo el *sudaca*, pretencioso de hallar reconocimiento en España por la vía de las armas —fue capitán en la guerra de las Alpujarras, destinada a rematar a expulsión de los moros en el coletazo de la afirmación del trono en la fe católica—, en la mitad del camino de su vida, luego de seguir su curso en nombre del padre, al hallarse, como Dante, en una selva oscura, sufrió un meridiano trance para retornar como el salmón al nacedero, por reencontrarse con su madre inca: mediante su propio reconocimiento equilibra la balanza del afecto por los dos mundos y realiza el matrimonio simbólico de sus progenitores. Según escribe Hernández, en tal trance por la noche oscura, Garcilaso rememora el quechua y, con él, resucita el mundo incaico, al evocar, en la sorprendente dicción de Joyce su «*indian moulder*», su madre boca indígena.

33. Lo más sorprendente del trance fue que se produjera por un vaivén excepcional: la tercera de las primeras traducciones al castellano del libro de León Hebreo escrito en toscano, *Diálogos de Amor*. León Hebreo es el nombre castellano asumido por Yehuda ben Yitzhak Abravanel, sefaradí nacido en Lisboa en 1464, cuando, desterrado, residiera en España de 1483 a 1492, de donde emigró a Italia por evadir la conversión forzosa. Allí moriría en Nápoles en 1530. Su libro fue publicado en 1502: por un neoplatonismo tan carnal, como místico, y más refinado que el del modelo de Ficino, se difundió en el renacimiento, con tanta o mayor potencia que la *Utopía* de Tomás Moro. El antiguo amor desplegaría sus alas en el barroco y además impondría su sello en la teología de Bartolomé de las Casas, Vitoria y Suárez plasmada en las Leyes de Indias. En las reseñas sobre el libro se destaca que León Hebreo bebió de Maimónides, el inmenso sefaradí español, primero en diferenciar la lectura alegórica de la literal del Antiguo Testamento. Y no extraña que ambos referentes, Maimónides y León Hebreo fueran lecturas preferentes de Baruch Spinoza; ni que, entre tantos lectores del insigne sefaradí, fuera exaltado por el mismo

Cervantes en un pasaje del Quijote: "Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de lengua toscana toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas". Asombra, además, que Cervantes leyera al sefaradí en la versión del Inca, y que ambos murieran en el mismo año, a un día de diferencia. Prodigioso encuentro de un bastardo inca y español con un portugués sefaradí, español e italiano. Porque a partir de la traducción, el renacido como ser universal y nombrado a sí mismo desde entonces como El Inca, colgó las armas, se haría cura y se dedicaría a las letras.

34. ¿Fue consciente el Inca Garcilaso de la Vega de que su compra de la capilla de las Ánimas en la Catedral de Córdoba, como destino para su tumba, significaba ser venerado en la antigua gran Mezquita de la ciudad que fuera epicentro del islam siglos atrás? Sospecho que sí. Y como devoto de Cristo, debió pensar en el significado del nicho amparado en la imagen más potente del purgatorio, donde acaso debía penar por haber pugnado en una guerra de tanta crueldad recíproca. Aunque guerreó, no fue hombre llevado por las pasiones tristes, —envidia, resentimiento—, o violentas— ira y soberbia. A diferencia de Guamán Poma, otro grande mestizo de los primeros americanos, no ardía en querellas de timbre profético y mesiánico. Por cierto, el Inca sabía desde su nacimiento que el nombre de conquista alude tanto al amor, como en tantas ocasiones al rapto violento. Pero le bastó y sobró con mostrar un modelo diferente de sociedad, la incaica, para que cualquier lector dedujera las más sabias lecciones del mundo. Porque acaso, también por su piedad y sapiencia, intuyera que el mayor enemigo de uno mismo, como también el mejor amigo, anidan dentro de sí, y que, por ende, la paz exterior descansa en el acuerdo y en el recuerdo interior de sí mismo.

Cuarto tramo:

Jose Celestino Mutis: bisagra entre el Barroco y el Neobarroco

Si fractus illabatur orbis, impavidum ferient ruina. Horacio: Odas, III-3, 7-8.

Si el mundo se disolviera en ruinas, éstas sostendrían al impávido.

35. Cuando a los imperios les da por caer, caen con estrépito. Y como en una nave en el naufragio, los restos servirán de leño para los desesperados, o de soportes para sobrevivir en terremotos.

36. El Inca Garcilaso de la Vega fue españolísimo por el modelo de su padre. Aunque por nacimiento, infancia, niñez y primera juventud fuera hasta sus veinte años peruano, en su nostalgia residió en contravía, imaginario, luego de la traducción de *los Diálogos de amor*, en su lugar natal por orientar su vida madura y anciana en nombre de la madre quechua. Nuevo Telémaco, nos prefiguró a los nacientes australes como seres que oscilan amorosos entre dos continentes, con vocación universal.

37. José Celestino Mutis apenas vivió veintiocho años en la península española y el resto de su larga vida en el Nuevo Reino de Granada. Si fuera cierto que uno elige de algún modo el momento y el lugar de su fallecimiento, no pudo ser más sabio el designio de su partida, por suceder en las fatuas fiestas de la falsa jura neogranadina de la asunción hechiza de Fernando Séptimo como sucesor del Reino, el ocho de noviembre de 1808, cuando a todas luces se adivinaba, aún en las penumbras de Santafé de Bogotá, que se iniciaba el ocaso de imperio por el demonio de Napoleón. Su corazón debió partirse por imposibilidad de elegir entre América y España. Aunque sospechaba del levantisco ánimo de sus discípulos, más animados a la independencia por la encarnación de la libertad inconmensurable de Mutis, que por la lectura de los escritores galos, no tuvo tiempo para adivinar que, desde el insólito observatorio astronómico erigido por él en la apartada villa con los recursos de la Expedición Botánica, el intuitivo y genial aprendiz a quien destinara a entrelazar cielo y tierra, astronomía y botánica, Francisco José de Caldas, como haría antes de ser fusilado por rebelde en 1816, usaría los despachos adjuntos al telescopio para urdir el 20 de julio de 1810, a poco menos de dos años luego de la defunción del sabio, la conspiración de criollos para iniciar una reyerta que, con excusa de un florero sonsacado a un bonachón tendero chapetón, como se los llamaba, proclamara cabildo abierto en la plaza mayor por reclamo de independencia política. Las efemérides notables del nacimiento de los Estados suelen esconder triquiñuelas casi infantiles, más movidas por envidia y resentimiento que por nobles fines ². Pero, ¿qué se podría esperar de la comedia bufa de Bayona? Porque por infausto hado, la realeza española esquivó el salvamento del rey de Portugal para erigir la colonia de Brasil como sede del imperio lusitano, en audaz inversión carnavalesca. Con lo cual los destinos de Brasil se salvarían de los tremendos altibajos de las naciones emancipadas mediante guerras cruentas contra la llamada madre España. De ahí que Mutis compartiera la tragedia de tantísimos ilustrados españoles trizados por el declive de España de la mano siniestra de Napoleón, cuya aventura demencial consagró la victoria del capitalismo inglés.

38. Mutis nació en Cádiz, ciudad cosmopolita por ser asiento de legaciones europeas, dado el comercio con América. Estudió con los jesuitas con formación clásica y orientación moderna, en esa mezcla tan barroca de la orden renacentista. Es muy posible que el joven Mutis asistiera a las sesiones de la célebre Academia de Guardamarinas, donde Antonio de Ulloa y Jorge Juan expusieran los resultados de su travesía por la América Meridional en la Expedición de La Condamine, tardía, pero fecunda aproximación de la España borbónica a la ciencia. Mutis estudió medicina en Madrid y se vinculó al Jardín Botánico. Se le ofrecieron muchas posibilidades de seguir estudios en Europa, pero se decidió por embarcarse a la Nueva Granada, movido por la evocación del Protomédico Francisco Hernández de Toledo (circa 1517-1587), naturalista que estudio la flora y la fauna de Nueva España, carente de continuidad. Por tal elección, Mutis sostuvo correspondencia con Linneo.

39. Exponer todas las peripecias del sabio Mutis en su largo periplo en la Nueva Granada excedería los límites de muchos libros, tanto más de este ensayo. Baste indicar que el perfil básico de la nación que conformaría el Estado independiente quedó fijado por la impronta del héroe ilustrado por la apropiación de los paradigmas de Newton y Linneo, más sus aportes en matemáticas, medicina, educación, minería, artes y promoción del estudio de lenguas indígenas. Pero ante todo, fue gigante por encarnar una voluntad libre, sostenida frente a inconmensurables dificultades. En carta a un amigo español, dirigida en 1789, señaló, con orgullo, que se lo reconocía como el «oráculo» de un Nuevo Reino que, a su llegada, estaba sumido en «densísimas tinieblas». Católico, hasta el punto de hacerse sacerdote entrado en años, su espiritualidad nunca fue dogmática, formada como era en el talante moderado del benedictino Benito Feijóo, quien tendiera puente entre catolicismo y ciencia. Sorprendente, porque en su convicción teológica, más interior que exterior, tan aproximada al deísmo derivado del argumento físico teleológico de la existencia de Dios, lo llevaría, aún sin ninguna influencia directa, al ámbito del panteísmo de la naturaleza de Spinoza y, aún más allá, como minero que fue, además de matemático (traducción temprana de los *Principia* de Newton), se diría que hubiera aplaudido con entusiasmo al minero y pietista Novalis, cuando en el fin de *Los himnos a la noche* indicaba la dirección del espíritu de los tiempos mediante el imperativo marcado por una triple preposición: «hinunter zu den süßen Braut,/Zu Jesus, dem Geliebten»: «Hacia abajo, hacia la dulce novia,/hacia Jesús el amado»: predicamento por el cual el *Dichter* subvirtió en su lección magistral de abismo los cánones de la orientación teológica y metafísica hacia lo alto (Schulz, G., 1969: 53).

40. Amor, de nuevo, insuperable amor fue el signo de la aventura del gaditano Mutis en este lado del Atlántico, tan inconmensurable como el del Inca Garcilaso y como el de los escritores y artistas del barroco de allá y de acá. Así lo resume el primero de dos poemas escritos en latín entre 1776 y 1781, redactados como ejercicio escolar en una clase de matemáticas al hijo adolescente del Virrey Manuel Antonio Flórez, por quien debió profesar afecto especial por haberse formado el Virrey en la Academia de Guardamarinas en 1736. Lo traduje en 2008, luego de que durmiera en el limbo por cerca de dos siglos en la hermosa lengua muerta de Horacio, tan amado por Mutis: «Dime por cuales números se deducen estos otros y serás para mí/ como el supremo Apolo./ Se hacen visibles los enigmas ocultos./ Nacer a la mayoría de edad permite deducir unos números de otros./ Figuramos estos problemas para probar tu destreza./ Y si te place la ficción, sólo queda por desplegar las velas en tu honor./ ¿Cómo hacer? Ya a nosotros ahora mismo se revelan; la simulación place./ Si fueran demasiado ocultos, entonces a ti, gran Apolo,/ Se manifiestan, mientras te seducen con el encanto del trabajo./ El cálculo invita: te inspira entonces mucha alegría,/ Para que tú, como el mismo augur, puedas descubrir ciertas leyes/ De la naturaleza, y alcances las sedes superiores/ Donde los astros te invitan a mayores alturas: No te desalentarán / El recuerdo de los sudores, las noches de vigilia, los

trabajos del sufrimiento:/ Aparta con gozo en la escritura el sumo tedio/ Y no permitas que los pasos más graves impongan sus fines./ La obra de un día no es suficiente, una noche no alcanza:/ Pondera empero los tiempos duraderos si quieres concluir el curso iniciado./ De muchas cosas discurriría en torno a su velo contigo,/ Si a mí me concedieran los destinos ahora el azar del ocio./ El singular canto del campo; las melodías rurales que entonan los silenciosos/ árboles, plantas y prados;/ en estos lugares donde resonarán en el futuro/ Con bramidos, los alucinados profetas,/ La misma musa de mis votos se manifestó ante mí con señales claras,/ cuando una vez meditara en el campo en torno a la melodía de una caña./ Si no el genio que a nadie rehúsa la naturaleza,/ El amor me hizo vate y la flora me convirtió en poeta».

Quinto tramo:

Neobarroco en el marco del paradigma de la complejidad

41. Fue necesaria una conciencia del fracaso para que la potencia del barroco despertara en Iberoamérica con inédita fuerza: el detonante fue el coletazo del Imperio español con la pérdida de Puerto Rico, Cuba, Guam y Filipinas, seguido a poco con la secesión de Panamá en Colombia, instigada por el imperio naciente de Estados Unidos, a lo cual se sumaría la lamentable guerra civil de España. Baste mencionar en Portugal la obra de Pessoa, junto a la fuerza de las generaciones españolas del 98 y del 27, más los brotes del modernismo en la región meridional y caribeña de América y sus subsiguientes metamorfosis, debidas a la permeabilidad al surrealismo y a otras corrientes de las vanguardias. El lusitano honró su patronímico, Pessoa, al descomponerlo en multitud de máscaras, según la etimología de la palabra. La identidad del sujeto sólido fue desvertebrada en distintas y contradictorias apariencias, mucho más allá de lo que ya intuyera Rimbaud en la célebre carta a Izambard, cuando esforzaba un «desarreglo metódico de los sentidos para alcanzar visión»; una que partía del principio de admitir que «je est un autre», yo soy un otro. Para los propósitos de este ensayo, vale la pena resaltar la gran apertura a la conciencia de unas nuevas relaciones entre sensibilidad, entendimiento y razón en tres figuras: Unamuno al plantear su lema de pensar el sentimiento y sentir el pensamiento; María Zambrano en su delectación con una «razón poética»: Xavier Zubiri con su idea de una «inteligencia sentiente». Por su parte, Fernando Zalamea sitúa el concepto análogo de «razonabilidad» (neologismo para entramar razón y sensibilidad) del ensayista, filósofo y educador uruguayo Carlos Vaz Ferreira, de una razón compleja y expandida, subyacente como dínamo de la creatividad en artes y letras de la región de la América situada bajo las Antillas Mayores.

42. Sería imposible seguir estos hitos en debido detalle, si no mediaran dos claves para comprender el giro radical del pensamiento emergente en el siglo XX. La primera fue planteada por el sociólogo norteamericano Daniel Bell en 1973 (Bell,

1973). Aunque no se refiere a las artes y a las letras, fue fecunda la distinción entre el paradigma decimonónico de una «simplicidad compleja», y el sustitutivo de una «complejidad organizada». El primero es binario y disyuntivo: ciencia o arte; materialismo o idealismo; individuo o sociedad. El segundo organiza las oposiciones en el continuo de sistemas complejos incluyentes. Más abierta a las letras, la complejidad transdisciplinaria de Edgar Morin enriquece esta dirección. Su visión converge con las teorías de sistemas propuestas en América y Europa, empero con una sensibilidad inédita y una mayor pertinencia y calado para Iberoamérica por su ascendencia sefaradí y su larga estancia en Chile. Baste recordar que la memoria de la muerte de su madre a sus nueve años fue inolvidable por asociarse a la canción española del «relicario», como expresó en una de sus autobiografías titulada *Mis Demonios*.

43. La segunda vertiente proviene de un extraordinario pensador colombiano, Fernando Zalamea, más reconocido fuera del país que en su patria. Fernando goza de un extraordinario patrimonio cultural debido a su ascendencia. Su abuelo fue un notable poeta, Jorge Zalamea Borda, exministro de Educación y uno de los primeros sociólogos del país al realizar un temprano estudio del Departamento meridional de Nariño; fue primo del mayor sociólogo de Colombia, Orlando Fals Borda; Eduardo Zalamea Borda Borda, tío abuelo paterno, periodista y escritor notable, fue decisivo en la orientación hacia la literatura de Gabriel García Márquez. Su padre fue uno de los más grandes periodistas del país, en tanto que su madre, Marta Traba, argentina radicada en Colombia fue la mayor crítica de artes de América Latina y, de contera, gran novelista. Marta fue casada en segundo matrimonio con Ángel Rama. Baste indicar que el uruguayo fue el más lúcido crítico literario de la región, además editor de la monumental colección de la Biblioteca Ayacucho. Obró en la formación de Fernando como putativa maestro. El hermano de Fernando, Gustavo Zalamea, fue uno de los pintores más destacados del último medio siglo. De los innumerables premios obtenidos en el exterior por las obras de Fernando, se destaca el concedido en 2016 por una encuesta internacional sobre los cien pensadores transdisciplinarios más sobresalientes del mundo, siendo el único proveniente de América Latina y el Caribe (Ricuperati, 2016).

44. Unos signos cabalístico conjeturables sirven para delinear el destino del colega. Por su nacimiento, Fernando es piscis, lo cual sería irrelevante, si no remitiera el ideograma a dos peces invertidos semejantes al símbolo del yin y yang, tan caro a uno de las mayores luminarias de su bitácora: el matemático y místico Alexander Grothendieck, a quien Zalamea dedicara años de estudio, muchos ensayos y libros, hasta el punto de haber sido convocado hace poco a dirigir en Italia el *centro di Studi Grothendieckiani del Istituto Grothendieck*. También aleatorio, pero no desdeñable como los arquetipos de Carl Jung, es el carácter dual del signo, situado entre Júpiter, por tanto la dimensión celeste, el otro Neptuno, el signo del abismo oceánico: dos polaridades de lo sublime presentes en el péndulo del pensador. Pero lo más notable del año de su nacimiento proviene de que en mayo 7 de 1959 el científico y novelista

Charles Percy Snow pronunció sendas conferencias que serían publicadas como *Las dos culturas* (Snow, 1987). En ellas planteaba el divorcio creciente entre las humanidades y la racionalidad científica, centrando la contraposición en la rareza de que un científico comprendiera una tragedia de Shakespeare, y un humanista captara el significado de la segunda ley de la termodinámica. Era esta una oposición en la que se contrastaba la tendencia a una especialización, por la cual el científico sabía cada vez más sobre cada vez menos y, por oposición, el humanista ostentaba un conocimiento sobre todo, cada vez más vacío. Como se ha indicado, desde entonces las teorías de la complejidad sistémica, amparadas en la cibernética, han tendido a aproximar los extremos, lo mismo que la carta de la transdisciplinariedad promulgada en el primer congreso mundial dedicado al tema en el convento de la Arrávida, no por azar situado en Portugal, con el liderazgo de Basarab Nicolescu y Edgar Morin (Nicolescu, 1996). En dicha carta se menciona el precedente de Snow y la necesidad de apelar a nuevas perspectivas de una lógica que, a partir de la aparición de la física cuántica, desafía los tres postulados clásicos de identidad, no contracción y tercero excluido. En esta dirección se destaca la épica de un pensamiento universal de Fernando Zalamea, tan arraigado en el neobarroco iberoamericano. El medio y el hilo conductor de su travesía fueron las matemáticas: como sospecho, en tal decisión temprana debió obrar de modo consciente o inconsciente, la lejana influencia de José Celestino Mutis, incansable maestro y cultor de las matemáticas.

45. Una perspectiva compleja transdisciplinar ya se había prefigurado por el arquetipo de Charles Sanders Peirce, el creador de la semiótica y del pragmatismo, así nombrado, como remarca Zalamea, para diferenciarlo del pragmatismo más pando de Dewey, William James y de su secuencia en Richard Rorty. En *Ariel y Arisbe* (Zalamea, 2013), Zalamea se demuestra como uno de los sobresalientes pensadores del mundo en rescatar la obra de Peirce, quien desde su exilio en un poblado rural en los últimos dos decenios de su vida, a su muerte en 1914, sufrió el menosprecio puritano, semejante al que ocurriera con Poe hasta que fuera rescatado en Francia por Baudelaire y Mallarmé. La importancia de Peirce, quien dedicara dos décadas al estudio de Kant, tal como lo ha incorporado Fernando Zalamea, radica en situar las matemáticas, junto a la lógica moderna y a la teoría de los símbolos, como cúspide de la organización transversal de los saberes, de modo que por tales pilares es posible conciliar la unidad con la multiplicidad y acelerar la fluidez y tránsito entre ellos. Por tal vía, Zalamea abre el camino a la intelección del continente como un todo en su libro *América: Una trama integral* (2009), así como también al ámbito de Iberoamérica al trascender los confines de América Latina, como cuando reconoce el legado del barroco de esta región a partir de Pedro Henríquez Ureña y de Ángel Rama: «El barroco americano —espacio continuo de las mediaciones que una sor Juana Inés de la Cruz o un Carlos de Sigüenza y Góngora realizan entre teología, astrología, filosofía, matemáticas, teatro, poesía, y demás ramas del saber y de la creatividad— es el paradigma de la continuidad: en un mixto indisoluble, confluyen

concepciones generales sobre el continuo, mentalidades y haceres cotidianos en los que el individuo se inserta en un orden general de todas las cosas, y los trasvases mismos de continuidad entre América y Europa propios de la Colonia.» (Zalamea, 2013). Así lo refrenda también una cita del espléndido libro póstumo de Ángel Rama, *La Ciudad letrada*: «Cada vez más, historiadores, economistas, filósofos, reconocen la capital incidencia que el descubrimiento y colonización de América tuvo en el desarrollo, no sólo socioeconómico sino cultural de Europa, en la formulación de su nueva cultura barroca. Podría decirse que el vasto Imperio fue el campo de experimentación de esa forma cultural. La primera aplicación sistemática del saber barroco, instrumentado por la monarquía absoluta (la Tiara y el Trono reunidos) se hizo en el continente americano, ejercitando sus rígidos principios: abstracción, racionalización, sistematización, oponiéndose a particularidad, imaginación e invención local» (Zalamea, 2013).

46. Así como Pedro Henríquez Ureña y Ángel Rama le permiten a Fernando Zalamea trascender el cerramiento del pensamiento de América Latina en los confines de su identidad forjada en las oposiciones consuetudinarias a España entre el siglo XVIII y XIX, y como C.S. Peirce lo induce a una visión no antagónica con Estados Unidos tan recurrente entre el XIX y el XX, una pensadora española, Rosa María Rodríguez Magda le permitió a Fernando Zalamea superar el dilema de posmodernidad contra modernidad con su concepto crucial y neobarroco de transmodernidad (Rodríguez, R.M., 2004). El pensador colombiano es reacio, con razón, a plegarse a la prédica posmoderna de un «pensamiento débil» que disuelve cualquier universal por mor de singularidades e identidades narcisistas. Apoyado en un estudio de más de diez años del pensamiento matemático de los últimos dos siglos, valida del modernismo la búsqueda de universales, siempre relativos, sin desdeñar los acentos hacia lo singular del posmodernismo, para evitar esa manía de supuestos vanguardismos que terminan por «tirar al niño con el agua sucia de la bañera». De este modo, en *Ariel y Arisbe* de 2000, en *América, una trama Integral* de 2009, y en *Pasajes de Proteo* de 2013, prosigue, como una espiral irregular y en un formidable palimpsesto, la ampliación y unidad de la enorme multiplicidad de la creatividad del neobarroco de la región austral. Honra así el epígrafe situado en lo alto del *Proteo*: «Mundo moderno: teoría del contacto —del pasaje— secretos de la transustanciación. La verdadera medida es una mediación —por un lado una ruptura— por otro lado una combinación. Un verdadero método sintético, capaz de permitir progresar hacia delante y hacia atrás —tal es el problema principal. Novalis, *El borrador general (1798-1799)*» (Schulz, 1969). En cada una de estas obras se añaden exámenes precisos de una extensa lista de pensadores (ensayistas, críticos, escritores): Rodó, García Calderón, Henríquez Ureña, Reyes, Vasconcelos, Martínez Estrada, Picón Salas, Carpentier, Lezama Lima, Paz, Zea, Francisco y José Luis Romero, Ribeiro, Ángel Rama, a los que se suman pintores de Cuba, Perú, Colombia, Chile, Venezuela, más todos los narradores exaltados de la región: Borges Felisberto Hernández, Onetti,

Cortázar, Vargas Llosa, Gabriel García Márquez, Clarice Lispector, Guimarães, Carpentier, Lezama Lima, Arguedas y muchos más. De estos precedentes emergerá un monumental libro, aún sin publicar, que sirve como una corona de laurel en la cumbre del camino: *Crítica Matemática* (Zalamea, 2024), el cual condensa en cristalina síntesis sus trayectorias en matemática, lógica, estética y letras.

Sexto tramo:

Una utopía razonable: la educación como cuarto poder público

¡Muerte a la muerte! La tarea más imperativa es amaestrar al amo.
(Serres, 1967).

47. Nos cruzamos con Fernando Zalamea en la década demente de los años setenta de la Universidad Nacional en una mesa sobre un tópico tan elocuente para esos años de furias: la locura, del cual apenas recuerdo la evocación común del clásico libro de Erasmo. Años después, Fernando me regalaría una preciosa reseña en la cual simpatizaba con la publicación de un libro mío: *Las tramas de Telémaco* (Restrepo, 2007). Agradecería Fernando un ensayo que escribí sobre una excelente novela de su madre (Restrepo, 2009). Al poco tiempo, nos encontramos cuando me invitara a escribir un ensayo sobre Alexander Grothendieck en un precioso libro editado por él, *Ronda en Sais. Matemáticas y cultura contemporánea* (Zalamea, 2012; Restrepo, 2012), título en honor a Novalis, pasión correspondida por haber traducido yo *Los Himnos a la Noche* en 1990. Nos reencontraríamos en 2012 cuando él comentó, con sumo cuidado y extensión, un borrador de mi novela, *Marrano Congo*, y yo una suya formidable, *Tres Ríos*. Pasado mucho tiempo recibí el honor de su participación en el panel de presentación de uno de mis libros: *Los cuatrocientos golpes: aforismos en sentisapiencia* (2023). Y hacia septiembre del 2025 nos convoca la aparición simultánea de nuestras dos novelas, la suya publicada en México, la mía en el Atelier de Humidades de Río de Janeiro, rebautizada como *Marrano Congo Anima Scripta: 2000-2025* firmada por AbeceDiario Alfa, dedicada a la lengua del amor en su raíz ladina, castellana y andaluza.

48. He escrito desde este rincón de Colombia diarios/nocturnos desde 1963, cuando en las clases de literatura de secundaria me enamoré de la lengua española. De ellos han brotado quince libros de poesía, la mayoría inéditos, organizados con el nombre de *Monasterio Interior*, debido al aliento místico ibérico. He elaborado los rudimentos de una *Teoría dramática y tramática de las sociedades*, apoyado en la metáfora del teatro, a partir del vínculo que une teatro y teoría (*theorein*): surge de allí un cuadro conceptual sencillo y, a la vez, complejo para entrelazar dos extremos anudados, naturaleza (inorgánica, orgánica y transformada) y cultura (distinguida por cuatro vectores: significaciones científicas, tecnológicas y técnicas; expresivas y

estéticas; integrativas por moral, ética, ideología y códigos de costumbres; y profunda: mitología, religión, teología, imaginarios, filosofía y sapiencia). Entre ellos ritman con acuerdos y desacuerdos los mundos de la vida, plural ineludible —a diferencia del *Lebenswelt* derivado de Husserl—: individuos, familias y comunidades en espacios reales o imaginados, cercano a la naturaleza; y, en otro plano, vecino de la cultura, sobresale el sistema social globalizado de carácter homogéneo, caracterizado por las contiendas de actores organizados en partidos o movimientos por la producción, distribución y apropiación de cuatro poderes (económico, político, mediático y académico), reglados por valores culturales discriminados en normas, campos e instituciones diferenciadas. Procesos mediadores entre ellos son dos cruciales: de la naturaleza a la cultura, el condicionamiento derivado de la transformación de energías en producción e información; y de la cultura a la naturaleza al sistema social globalizado y a los mundos de la vida, los procesos de socialización y de regulación social. La teoría postula el papel predominante de las pasiones en sus distintas modalidades: tristes y violentas o alegres y calmas, un postulado que habría que admitir como grecolatino, pero bien remozado y distintivo del barroco ibérico. Incluso la racionalidad y la sabiduría se ponderan como pasiones desapasionadas. El saber siempre será conjetural, dado que en todos los planos predomina lo desconocido sobre lo conocido. Apoya este edificio una paradigma filosófico que añade, respecto a la clásica diferenciación de sensibilidad, entendimiento y razón, un cuarto nivel profundo de una razón poética, como precisaba María Zambrano, sensible y espiritual para abrir la perspectiva de la sabiduría. A la vez, estas cuatro facultades humanas se cruzan, no ya con cinco, sino seis sentidos, al añadir el sentido de todos los sentidos que, a partir del sexo en la sensibilidad, se gradúa como amor y *philia* en el entendimiento, asciende a caritas y solidaridad en la razón, y se eleva como ágape en la razón de la razón, por esto mismo llamada con un neologismo como *cor/razón*, la razón cordial. Del cruce de las cuatro facultades y de los seis sentidos (por ejemplo la gradación del sensitivo ver, al intelectualivo mirar, de éste al contemplar propio de la razón, y en lo más profundo el acto de alcanzar visión, tomada como *oculos cordis*, expresión de la mística Hildegarda de Bingen. De tales tramas resultan 24 modos de la sentir, entender, pensar y *cor/razonar* el mundo, que mediante la kinestesia (velocidad de ida y vuelta) y la cenestesia (el cruce de unos con otros) bien podrían aproximarse a los 64 hexagramas del I Ching y a otras tantas modalidades de articulación budista entre mente y sensibilidad. El camino de la evolución se contempla como tendencia a la transformación de materia y energía en información y control, frente a otro modelo alternativo conducente a la sabiduría como saber de la vida, destinado a dar más vida.

49. De ahí he derivado una nueva visión del problema clásico del reconocimiento (Restrepo, 2024). Siendo agraciada la lengua española con el precioso palíndromo de la palabra reconocer, será insuficiente comprenderla, como es usual, de izquierda a derecha como *Anerkennen* desde la tradición hegeliana; y, por ende, es

indispensable darle la vuelta para leerla de derecha a izquierda como Anagnórisis, de modo que el reconocimiento de las alteridades sólo será óptimo si se complementa con la anagnórisis de la tragedia griega, esto es: el reconocimiento de sí mismo en profundidad. Es una doble vuelta necesaria para transformar el padecimiento propio y colectivo en sabiduría. Ello me retrotrae de nuevo el epígrafe que figura como acápite de este ensayo: *Dem Gegner müssen wir in uns selbs suchen*: debemos reconocer al enemigo dentro de nosotros mismos. Es inevitable adscribirse a los versos del Cátulo: *Odi et amo. Quare id faciam, fortasse requiris. Nescio, sed fieri sentio et excrucior* que traduzco con libertad: *Odio y amo: tal vez preguntes por qué. No lo sé, pero sufro en la encrucijada*. Es inevitable no experimentar ciertos fastidios y pasiones en torno a los nacionalismos cuando uno aspira a ser ciudadano del universo. Mejor sería curarse de odios y transformarlos en amor, pero tantas veces uno queda trizado en cruces de caminos. La independencia de España me suscita el sentimiento ambivalente de los versos de Cátulo. La condición de esta región en el mundo me llevó a divagar muy lejos en dos libros recientes: *América Ladina: en la encrucijada de Marruecos el sueño de una paz cosmopolita* (Restrepo, 2021) y *Los cuatrocientos golpes: aforismos en sentisapiencia* (Restrepo, 2023). Desde 1995 había sellado mi amor por Iberia, iniciado de larguísima data en mi afecto por Mutis, en un ensayo titulado: *El imaginario y los iconoclastas. En torno a la esfinge del Ladino* (Restrepo, 199). A partir de ahí, preferí llamar a esta región del mundo como América Ladina. Tardaría algo más de cinco lustros en descubrir que una prodigiosa zamba de Belo Horizonte, la antropóloga Lélia González había propuesto en 1989 el nombre de América Ladina (González, 1988), con lo cual reunía en un patronímico nuestra fabulosa estirpe tricontinental debida a la gesta de Portugal y de España. Y aún tardaría otro lustro en ampliar la designación por ser más plural, pese a mi antiguo enojo, al aceptar incluir el apellido denostado: América Ladina y Latina. Aun así, no creo que ningún nombre, por más atributos que se sumen, dará cuenta de la razón profunda de esta región. Pero lo más torturante ha sido otear, desde la muerte de Mutis, el significado de sus versos: «en estos lugares donde resonarán en el futuro/ Con bramidos los alucinados profetas». Los escribió antes de la revolución de los comuneros, aunque ya los clarines marciales se había anunciado algo asordados desde Uruguay y Perú. Tal vez prefirió morir antes de las tremendas guerras de independencia. Durante mucho tiempo experimenté encanto por la figura de ese «alucinado profeta» que fuera Simón Bolívar: como todo «patriota», me embruaja su retórica. Pero lustro tras lustro muchas dimensiones de su carácter me decepcionaron: su entrega de Miranda; el fusilamiento de rivales: la saña con la cual masacró a los rebeldes realistas de Pasto; sus intentos de erigirse como rey; su enemistad con su compatriota y humanista Andrés Bello, quien cantara al maíz y eludiera himnos marciales; el abandono de su maestro don Simón Rodríguez, objeto de la saña de Sucre, el amado guerrero de Bolívar; su desconocimiento de la Ilustración española y, en cambio, su credibilidad respecto a la propaganda inglesa y francesa dirigida a divulgar la leyenda negra,

incluso valiéndose ésta en buena medida de las críticas de los españoles ilustrados a la situación de las colonias; y ante todo, el haber sido infiel a su mayor y más hermosa promesa, expuesta en su mejor pieza oratoria, que no es *La Carta de Jamaica* de 1815, tan querellosa, sino el *Discurso de inauguración del Congreso de Angostura* el 15 de febrero de 1819. Fue escrita y pronunciada a menos de seis meses de la batalla de Boyacá de agosto de aquel año (Bolívar, 1978). Allí expuso la utopía más posible y probable para salvar el futuro de estos pueblos e, incluso, creo, del mundo entero. En el lenguaje de Rousseau, indicaba que la soberanía debería fundarse en la educación del soberano, el pueblo. Profético, razonaba que pueblos acostumbrados a tan largas y cruentas guerra con España, de no mediar el salvamento de una nueva educación luego de la victoria, seríamos derrotados por nosotros mismos, debido a continuas guerras fratricidas. En su sabia visión, formuló una utopía más llana y probable: constituir la educación como cuarto poder público, «el poder moral» de la nueva nación: indicaba algo que, con las mejores tradiciones de Kant y Hegel a Emilio Durkheim, se traduciría como la formación de la eticidad colectiva encaminada a crear una solidaridad orgánica. Pero se olvidó de la promesa una vez ganada la batalla que abrió la independencia de seis países, y las otras que sellaron la relativa libertad de norte a sur en Perú, con San Martín y O'Higgins, más las centroamericanas y caribeñas. Tanto él, como Santander, prefirieron el modelo de Lancaster que, pese a su aliento cooperativo de educación mutua, se desvirtuó en estas tierras como dispositivo memorístico y autoritario, destinado más a la instrucción que a la transformación de los sujetos. *Lettre en souffrance*, carta en sufrimiento, la utopía de Simón Bolívar destinada a salvar el dilema de Simón Rodríguez: «O inventamos o erramos», no ha llegado a su destino. Entresueño que la utopía de erigir la educación como un cuarto poder público puede ser todavía resucitada para hermanar a los pueblos de Iberoamérica. La concibo como poder mixto por su raigambre pública y privada, tan estatal como nacional, osada en su propuesta fiduciaria y financiera, hasta el punto de radicar sus acciones en la bolsa internacional: porque el capital humano es más fecundo que el capital muerto y que bienes y mercancías. Pues a todas luces, la tremenda inequidad de América Latina y el Caribe, la más trágica del mundo, se genera en la pobreza caampesina y en una educación limitada y de pobrísima calidad, pésima en el campo, entre otra razones porque no se ampara en la investigación científica, tecnológica, técnica, humanística y pedagógica: en Colombia, como en otros países de la región, al ritmo actual del pobre crecimiento de la participación en el producto bruto interno, se necesitarían 1950 años para llegar al mínimo común denominador indispensable, 2,00% para fundar la soberanía en el poder de pensar por cuenta propia a cabalidad y en la redención de la pobreza, que ha tendido a devenir más pobre cuando se la piensa redimir por el falso placebo de las violencias, tan asociadas a la corrupción. Sueño, pues, en una Nueva Ruta Libertadora por la Paz, la Educación, la Ciencias y la Cultura que supere las limitaciones clásicas de la *Bildung* por erigir el conocimiento en la doble vía, exterior e interior, *anerkennen* y *anagnórisis*.

50. Quizás, así, el estigma de «los viejos y queridos odios», como se los llama en Colombia, internos y externos, y además tan propios del mundo contemporáneo, den paso a una paradigma de sabiduría universal como el imaginado por el poeta Federico Schiller en *sus Cartas sobre la educación estética de la humanidad* (Schiller, 1952), y como lo transpusiera Beethoven con versos del *Dichter* en el coro de la novena sinfonía. De este modo, además, podríamos rendir, en lo económico, lo político y lo social, la promesa del barroco y del neobarroco, tan creativos y, empero, tan constreñidos por la atmósfera exterior de violencias físicas y simbólicas y por el contraste entre su inmensa creatividad en medio de un mundo cuya riqueza se ensombrece por la miseria de muchedumbres y la superficialidad de su cultura. ¿No sería, además, la mejor estrategia orbital para afrontar los desafíos de la Inteligencia Artificial, al apoyar el éxito de sus logaritmos estocásticos en los brotes de una sabiduría universal?

Bibliografía

- Bell, D. (1964). *El fin de las ideologías*. Editorial Tecnos.
- (2006). *El advenimiento de la sociedad post-industrial*. Alianza Editorial.
- Blumenberg, H. (1995). *Naufragio con espectador*. La balsa de la Medusa.
- Bolívar, S. (1978). Discurso de inauguración del Congreso de Angostura. En: *Obras completas*. FICA. Cinco tomos. Tomo quinto: 330-374.
- Borges, J. L. (1974). Del rigor de la ciencia. En *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé.
- Calvino, I. (2005). *Las ciudades invisibles*. Siruela.
- (1989). *Seis propuestas para el próximo milenio*. Siruela.
- D'Ors, E. (1993). *Lo barroco*. Tecnos.
- García Lorca, F. (2013) *Juego y ensayo del duende*. Biblioteca Virtual Cervantes.
- González, L. (1988). A categoría político-cultural de amefricanida.. *Tempo Brasileiro* (Río de Janeiro). No. 92/93, jan-jun: 69-82
- Gracián, B. (1980). *El criticón*. Cátedra.
- Hernández M. (1991). *Memoria del bien perdido: conflicto, identidad y nostalgia en el Inca Garcilaso de la Vega*. Instituto de Estudios Peruanos y Biblioteca Peruana de Psicoanálisis.
- Jiménez de Quesada, G. (1952). *El Antijovio*. Instituto Caro y Cuervo.
- Mallarmé, S. (1993). *Variaciones sobre un tema*. Vuelta.
- Mousnier, R. (1964). *los siglos XVI Y XVII. El progreso de la civilización europea y la decadencia de Oriente (1492-1715)*: Destino.
- Nicolescu, B. (1996). *La transdisciplinariedad. Manifiesto*. Ediciones Du Rocher.
- Ortiz, L. J. (2010). *Obispos, Clérigos y Fieles en Pie de Guerra: Antioquia, 1870-1880*. Universidad de Antioquia

-
- Quintana, M. J. (1992). ACTAS XI (1992), Centro Virtual Cervantes y en: https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih_11_5_028.pdf (consultado en 202409 05).
- Restrepo, G. (1994). El Iconoclasta y los Imaginarios. Aventura e Indagación en torno a la Esfinge del Ladino. En: Collazos, Óscar. *Arte y Cultura Democráticas*. Instituto Luis Carlos Galán para la Democracia.
- (2007). *Las tramas de Telémaco*. Fundación Universidad Autónoma.
- (2009) La independencia vista desde el teatro de la plaza Mayor. En Caballero, José M. (2010). *Diario de la Independencia*. FICA: 13-63.
- (2009) Los Bordes y el péndulo. Prólogo a la segunda parte del libro de Zalamea, F (2009). *América, una trama integral*.
- (2009). Una cita con el destino: lo sublime y lo bello en Las Ceremonias del verano. En: Zalamea, Gustavo, editor. 2010. *El programa cultural y político de Marta Traba. Relecturas*. Universidad Nacional de Colombia: 127-162.
- (2010). Grothendiek: ¿El pasaje al fin de la melancolía? En Zalamea, F. (2010): 97-152.
- (2021). *América Ladina: Marruecos en la encrucijada del sueño de una paz cosmopolita*. Alhulia,
- (2023). *Los cuatrocientos golpes: aforismos en sentisapiencia*. Atelier de Humanidades.
- (2024). *Hacia un modelo de sabiduría filosófica*. Atelier de Humanidades.
- Ricuperati, G. (2015). *100 Global Minds: The Most Daring Cross-disciplinary Thinkers in the World*. Roads Publishing.
- Rodríguez, R.M. (2004). *Transmodernidad*. Anthropos.
- Schiller, F. (1952). *Cartas sobre la educación estética del hombre*. Austral.
- Schulz, V. G. (1969). *Novalis Werke*. C.H. Beck'sche Verlagbuchhandlung.
- Serres, M. (1977). *Hermes IV. La Distribution*. Minuit.
- Sloterdijk, Peter. (2016) *Los hijos terribles de la edad moderna. Sobre el experimento antigenealógico de la Modernidad*. Edición digital de ePUBLibre.
- Snow, C. P. (1987). *Las dos culturas y un segundo enfoque*, Alianza Editorial.
- Torres Caidedo, J.M. (1857) *Las dos Américas*: https://es.wikipedia.org/wiki/José_María_Torres_Caicedo (consultado en 20240922).
- Turner, V. (1974). *Dramas, Fields, and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*, Cornell University Press
- Weber, M. (1958). *The Religion of India*. The Free Press.
- Zalamea, F. (2000). *Ariel y Arisbe. Evolución y evaluación del concepto de América-Latina en el siglo XX: una visión crítica desde la lógica contemporánea y la arquitectónica pragmática de C.S.Peirce*. Tercer Mundo.
- (2009). *América: una trama integral: transversalidad, bordes y abismos en la cultura americana, siglo XIX y XX*. Universidad Nacional de Colombia.
-

-
- (2013). *Pasajes de Proteo. Residuos, límites y paisajes en el ensayo, la narrativa y el arte latinoamericano*. Siglo XXI.
- (2019). *Filosofía en Presente: entrevista a Fernando Zalamea Traba* – en: <https://youtu.be/Vob2IooPkgg?si=hqcn2JJBS1M7OUfB>
- (2024). *Crítica Matemática*. Inédito, PDF.
- Zalamea, F., editor (2012). *Rondas en Sais. Ensayos sobre matemáticas y cultura contemporánea*. Universidad Nacional de Colombia.

NOTAS

1. Es el periplo de la dinastía de Aureliano Buendía en Cien años de Soledad, enfilada desde el remedado génesis hacia la disolución del alfabeto, la zeta de la catástrofe. De la cual se libran los destinados a escribir la historia de las pasiones disolventes porque pudieron leer al derecho y al revés, como Melquíades, el manuscrito del destino de Macondo.

2. Remito a mi ensayo introductorio a la transcripción del Diario de Caballero, un comerciante de plaza mayor y trashumante, a quien se debe la fortuna de registrar, de modo no poco ingenuo, las escaramuzas del nacimiento de la nueva patria (RESTREPO, 2009).